

biblioteca, con una franqueza y bondad que pocas veces suele hallarse en los poseedores de obras tan raras y tan estimadas. Allí encontré los principales materiales de que me he servido para dar cima á mi tarea.

Servime tambien de los tesoros de la biblioteca real de Madrid, y de los que contiene la del monasterio de S. Isidro: dos ricas colecciones, francas continuamente al público, y dirigidas con el mayor orden. D. Martin Fernandez de Navarrete, me favoreció con su apoyo participándome noticias de grande interés descubiertas por él mismo en sus largos estudios, y faltaría á un deber si no expresase aquí mi admiración por el ardiente celo de aquel complaciente caballero, que uno de los últimos veteranos de la literatura española, y ya casi solo, prosigue aun con vigor incausable sus tareas, en un país donde carecen hoy los afanes literarios de estímulo y recompensa.

Debo tambien manifiesta: mi reconocimiento por la liberalidad del duque de Veraguas, descendiente y representante de Colon, que tuvo la amabilidad de franquearme los archivos de su familia, demostrando el mas vivo interes en hacerme conocer los tesoros que contenian. Tampoco puedo pasar en silencio las muchas deferencias que he recibido de mi excelente amigo don Antonio de Ujina, tesorero del Sermo. Sr. infante don Francisco, caballero de erudicion y talentos, y muy conocedor de la historia de España y sus dependencias. A sus infatigables investigaciones debe el mundo muchos de los conocimientos exactos que posee sobre distintos puntos de lo primitiva historia colonial. Tiene el Sr. de Ujina la mayor parte de los papeles de su difunto amigo, el historiador Muñoz, los cuales, así como otros varios documentos, puso á mi disposición, con una finura á la que viviré eternamente obligado.

Con estos y otros auxilios que mi posición particular me facilitaba casualmente, me he dedicado con todas mis fuerzas á la composición de esta historia, el poco tiempo que me era posible permanecer en un país extranjero. He examinado cuidadosamente todas las obras concernientes á mi asunto, que pude encontrar impresas ó manuscritas, cotejándolas en cuanto era factible, con documentos originales, como el único medio de aclarar las dudas históricas; he procurado investigar la verdad, y sacarla de entre las contradicciones que necesariamente deben ocurrir, cuando varias personas han referido los mismos hechos, exponiéndolos bajo diferentes aspectos, y bajo la influencia de distintos intereses y sentimientos diversos.

En la ejecución de esta obra he evitado entrar en simples reflexiones generales, excepto cuando surgian espontáneamente del asunto, prefiriendo dar una narración detallada y completa, sin callar ninguna particularidad característica de las personas, cosas ó tiempos, y presentando los hechos de manera que pueda el lector comprenderlos fácilmente, y deducir de ellos sus propias máximas y conclusiones.

Como muchos puntos de la historia exigen explicaciones tomadas de los hechos y conocimientos coetáneos, juzgué mas conveniente dar explicaciones sueltas de los puntos que la necesitan al fin de la obra, que interrumpir á cada paso con ellos la narración. Así podía entrar con mas desahogo en aquellos pormenores curiosos ó interesantes, sacados de libros poco comunes.

Ultimamente doy á luz esta obra con extrema desconfianza. No puedo invocar otra cosa en mi abono, que un ardiente deseo de decir la verdad, la mas completa despreocupacion respecto á los pueblos que menciono en mi historia, mucho interes en el asunto de ella y un celo que quizá pueda en parte compensar por su constancia la falta que en mí conozco de otras dotes.

WASHINGTON IRVING.

Madrid: 1827.

LIBRO PRIMERO.

VAGAS é infructuosas especulaciones serian las que tuviesen por objeto investigar si hubo ó no comunicacion entre las costas opuestas del Atlántico, y en aquellos lejanos tiempos anteriores á la tradicion, y á la historia, en que, segun la opinion de muchos, florecieron las artes con mas lozania de la que conoció en tiempo alguno la que nosotros llamamos antigüedad; ó si la leyenda egipcia que refiere Platon relativa á la isla de Atalante, lejos de ser fabulosa, contiene en sí la oscura memoria de ciertos países sumergidos por una de las terribles convulsiones del globo, que han dejado huellas del Océano en las cumbres de las mas elevadas montañas. La historia auténtica nada dice de la tierra firme, ni de las islas del hemisferio occidental, hasta últimos del siglo xv, en que fueron descubiertas. Es muy posible que un bajel extraviado haya perdido de vista los antiguos continentes, y cruzado arrastrado por las tempestades el inmenso desierto de las aguas, con mucha anterioridad al invento de la brújula; pero ni volvió, ni pudo revelar jamas los secretos del Océano. Y á pesar de que en diversas épocas han flotado hasta las playas del antiguo mundo, documentos que anunciaban á sus admirados habitantes la existencia de otras regiones, situadas mucho mas allá del aparente horizonte, nadie se aventuraba á lanzarse á los mares en busca de aquellas tierras rodeadas de misterios y peligros. Ni los viajeros de Escandinavia lograron alcanzar mas que fugaces vislumbres del Nuevo-Mundo, pronto oscurecidas, é inútiles para guiar á él con seguro conocimiento, aun admitiendo la correccion de sus leyendas, y siendo su dudosa Vinland la costa del Labrador, ó la playa de Neufoundland. Lo que hay de positivo es, que cuando al empezar la décima quinta centuria buscaban en todas direcciones los mas esclarecidos ingenios las dispersas luces de las geografías, reinaba entre los sábios la mas crasa ignorancia respecto á las regiones occidentales del Atlántico; se miraban sus vastas aguas con temerosa y reverente admiración, como si rodease al mundo una espesa muralla al traves de la cual no pudieran penetrar las conjeturas. La mejor prueba de esta verdad, es la descripción del Océano hecha por Xerif al Edrizi, llamado el de Nuvia, distinguido escritor árabe, cuyos compatriotas, ademas de poseer cuanto se sabia entonces de geografia son considerados como los mas atrevidos navegantes de la edad media.

«Ninguno ha podido averiguar cosa cierta del Océano, por su difícil y peligrosa navegacion, oscuridad, profundas aguas y frecuentes tempestades, por el temor de sus enormes pescados y soberbios vientos; pero se hallan en él muchas islas, algunas habitadas, y despobladas otras: no habrá marino que se atreva á navegarle ni á entrar en su profundidad, y si algo han navegado en él, ha sido siempre siguiendo sus costas, sin apartarse de ellas: las olas de este mar, aunque se oprimen y agitan entre sí son elevadas como montes, se mantienen siempre igualmente y no se quiebran, porque si se rompiesen, seria imposible surcarla.»

El objeto de la presente obra es narrar los hechos y aventuras del marino que tuvo el genio de adivinar, y la intrepidez de vencer los misterios de esta profundidad peligrosa; del que por su osado ingenio, su constancia invariable y su arrojo heroico, puso en comunicacion los extremos de la tierra. Los sucesos de su azarosa vida serán eternamente los eslabones que unan la historia del mundo antiguo á la del Nuevo-Mundo.

CAPITULO PRIMERO.

NACIMIENTO, FAMILIA Y EDUCACION DE COLON.
No hay ninguna noticia cierta sobre la infancia de Cristóbal Colon, ni sobre su familia, ni sobre el tiempo ó

lugar de su nacimiento; porque de tal manera enmarañaron los hechos sus comentadores que es casi imposible descubrir la verdad. Si hemos de creer el testimonio de uno de sus contemporáneos é íntimos amigos, debe de haber nacido por los años de 1433 ó 1436. Numerosas ciudades se disputan el honor de haber sido su cuna; pero parece fuera de duda que fue natural de Génova. Acerca de su familia, tambien se ha disputado largamente. Mas de una casa noble le ha reclamado como suyo desde que se hizo su nombre tan ilustre, que antes pudiera dar honor que recibirle. Es muy posible que hayan brotado todos estos ramos de un tronco comun, y que los disturbios civiles de Italia hayan desgajado muchos de ellos, y extinguido otros. No se sabe empero, que ni él ni sus contemporáneos conociesen la nobleza de su linaje, ni esto le importa á su fama; que mas honra por cierto su memoria ser objeto de contienda entre muchas casas nobles, que poder señalar como suya la mas preclara de ellas. Su hijo Fernando, que escribió su historia é hizo un viaje con el objeto de investigar este asunto; concluyó por abandonar estas pretensiones, conceptuando mas glorioso, que date del Almirante la nobleza de su familia, que no poder asegurar que alguno de sus predecesores ingresó en una orden de caballería y mantuvo gualgas y halcones, porque *creo, prosigue, que menos dignidad recibiria yo de ninguna nobleza de abuelo, que de ser hijo de tal padre.*

Los parientes mas cercanos de Colon eran pobres pero honrados; su padre habia residido mucho tiempo en Génova, y ejercido el oficio de cardador de lana. Era Cristóbal el mayor de sus hermanos Bartolomé y Diego, y de una hermana, de la cual lo único que se sabe, es que contrajo matrimonio con un hombre oscuro llamado Diego Bavarello.

Su verdadero apellido es Colombo, latinizado por él en sus primeras cartas Columbus, y adoptado por otros en los escritos que de él trataban, conforme con los usos de aquella edad, que habian hecho universal la lengua latina, y en la cual se escribian todos los nombres de importancia histórica. El Almirante es no obstante mas conocido en la historia española por el nombre de Cristóbal Colon, con el cual se presentó en España. Segun refiere su hijo hizo esta alteracion para que no se confundiesen sus descendientes con los de los ramos colaterales de la misma familia; para lo cual acudió al que se suponía origen romano de su nombre Colonus, y le abrevió en Colon acomodándole á la lengua española. Entre estos apellidos se ha adoptado el de Colon en la obra presente, por ser el mas conocido en España.

No fue muy esmerada su educacion, aunque si quizá tan extensa, cuanto lo permitian las circunstancias de sus desgraciados padres. Siendo aun muy niño sabia ya leer y escribir; y tenia tan buena letra, dice Las Casas, poseedor de muchos de sus manuscritos, que podía haber buscado su subsistencia con ella. En seguida aprendió la aritmética, el dibujo y la pintura: artes, como dice el mismo autor, en las cuales hizo bastantes adelantos para poder pasar tambien con ellas la vida. Fue enviado por algun tiempo á Pavia, la grande escuela lombarda de las ciencias. Allí estudió gramática y se perfeccionó en la lengua latina; pero el objeto de su educacion era instruirle en las ciencias útiles para la vida marítima. Estudió la geometría, la geografia, la astronomía, ó como entonces se llamaba la astrología, y la navegacion. Desde muy niño habia manifestado un ardiente amor por la ciencia geográfica, y un deseo irresistible de navegar, siguiendo con entusiasmo todos los estudios que le eran congeniales. En los últimos años de su vida, cuando meditaba acerca de ella recordando los asombrosos sucesos que por su meditacion habian pasado, traía á la memoria aquella precoz determinacion de su ánimo; que él consideraba como un secreto

impulso de la Divinidad que le guiaba hácia determinados estudios, y le inspiraba los deseos que habian de hacerle digno de llevar los altos decretos para que el cielo le habia escogido.

Al trazar la historia primitiva de un personaje como Colon, cuyas acciones produjeron tan maravilloso efecto en los negocios humanos, es curioso investigar lo que se debió á la influencia accidental de las cosas, y lo que á su propio genio. El talento mas original es siempre dirigido por la accion de los tiempos en que vive; y esa irresistible inclinacion que Colon creia sobrenatural, suele ser el resultado de la operacion de circunstancias externas. Toma á veces el pensamiento una repentina é invariable direccion, ora al reconocer de nuevo alguna abandonada region de la sabiduria, y al volver á reconocer sus ya ignorados senderos; ora al penetrar con admiracion y delicia en un nuevo terreno de descubrimientos que no haya hollado jamas la planta humana. Entonces es cuando el alma ardiente y apasionada recibe el impulso del dia, se eleva sobre sus mas esclarecidos contemporáneos, dirige la misma muchedumbre que le imprimió su movimiento, y acomete empresas que jamas hubieran osado intentar los que se hallasen sin la fogosidad de su corazon. Colon nos confirma esta verdad. Aquella pasión por la geografia que tan á los principios inflamó su pecho, y que fue el germen de sus acciones posteriores, debe ser considerada como inherente á la edad en que vivía. Los descubrimientos geográficos eran la esplendorosa antorcha que debia inundar de luz al siglo décimo quinto, época la mas brillante en invencion que contienen los anales del mundo. En la oscura é impenetrable noche de la falsa erudicion y de las preocupaciones monacales, perdieron las naciones europeas la geografia y las demas ciencias. Felizmente no se perdieron del todo, porque vivieron refugiadas en el seno del Africa. Y mientras el pedante dómine gastaba infructuosamente el tiempo y sus talentos en balde en los claustros, confundiendo la verdadera doctrina con sus necios ensueños, los sábios árabes de Senaar calculaban los grados de latitud de la tierra y su circunferencia, en las vastas llanuras de Mesopotamia.

El verdadero saber, tan dichosamente conservado, estaba entonces abriéndose camino para volver á Europa. Las ciencias se restauraron al mismo tiempo que las letras. Plinio, Pomponio Mela, y Estrabon se cuentan entre los autores que sacó de la oscuridad el reciente amor de la literatura antigua. Estos volvieron á la inteligencia pública una parte de los conocimientos geográficos, que hacia mucho tiempo estaban borrados de ella. Atrajo la curiosidad á aquella nueva vereda, por tantos años olvidada, y tan súbitamente abierta. Manuel Chrysoleras, docto caballero griego, habia ya al principio del siglo traducido al latin la obra de Ptolomeo, popularizándola de esta manera entre la juventud escolar de Italia. De otra traduccion posterior por Jaime Angel de Escarpia en las bibliotecas de Italia habia correctas y bellas copias. Tambien empezaron á buscarse con empeño los escritos de Averroes, Alfraganó y otros sábios árabes que habian conservado vivo el fuego sagrado de las ciencias, durante el largo período de la oscuridad europea.

Los conocimientos que renacian de tal modo se resentian naturalmente de su imperfeccion, pero eran para las ciencias la aurora de un nuevo dia, rico de luz y de esplendores. Se sorprendia el hombre de su propia ignorancia, del mundo que le rodeaba; cada paso parecia un descubrimiento; porque eran para él, en cierto modo, tierras incógnitas cuantas no circua el horizonte de su país.

Hé ahí el estado de ilustracion, y hé ahí los sentimientos que se tenian respecto á esta ciencia interesante á principios del siglo décimo quinto. Los descu-

brimientos posteriores en las costas atlánticas del Africa, despertaron por la geografía un interés aun mas vivo, que los pueblos marítimos y comerciantes como el genoves debieron sentir muy particularmente. A estas circunstancias puede atribuirse el amor que profesó Colon en su infancia á los estudios cosmográficos, que tanta influencia tuvieron en sus aventuras ulteriores.

Es digno de notarse, al considerar su descuidada educación, lo mucho que debió á la fuerza de su carácter y á la riqueza de su entendimiento. El corto período que pasó en Pavia, bastó apenas para proporcionarle los rudimentos de las ciencias necesarias: el conocimiento familiar de ellas que desplegó en los años posteriores, no fue mas que el resultado de una activa enseñanza propia, y de algunas horas casualmente dedicadas al estudio, en medio de los cuidados y vicisitudes de una vida tan agitada como la suya. Fue uno de aquellos hombres de alto ingenio, que parece que se crean á sí mismos; uno de aquellos que habiendo pasado por mil privaciones y habiendo hallado erizada de obstáculos su existencia desde la edad mas tierna, adquieren intrepidez para atacar, y facilidad para vencer todos los inconvenientes. Tales hombres aprenden á efectuar grandes proyectos con escasos medios, supliendo la falta de estos los abundantes recursos que abundan en su cabeza privilegiada. Esta es una de las particularidades que caracterizan la historia de Colon, desde la cuna hasta el sepulcro. En todas sus empresas la ruindad y visible insuficiencia de los medios contrastan singularmente con la brillantez del éxito.

CAPITULO II.

JUVENTUD DE COLON.

CUANDO Colon regresó á Génova, retirándose de la ciudad de Pavia, era todavía muy jóven. Giustiniani, escritor contemporáneo, asegura en sus anales de aquella república, de acuerdo con otros historiadores, que permaneció algun tiempo en Génova, siguiendo, como su padre, el oficio de cardador de lana. Su hijo Fernando niega abiertamente tal aserto, pero sin darnos noticia alguna que supla su lugar. La opinión generalmente admitida es que abrazó desde luego la vida náutica, para la que le habian educado, y á la que le llamaban su vocacion y su carácter fogoso y emprendedor. El mismo dice que empezó á navegar á los catorce años.

En una ciudad marítima tiene la navegacion irresistible atractivos para un jóven de fantasia, que espera encontrar cuanto hay bello y envidiable mas allá de las aguas. Por otra parte Génova, amurallada y estrechada por fragosas montañas, daba corto vado á empresas terrestres, mientras que un comercio rico é ilustrado que cruzaba todos los mares, y una marina intrépida, cuyo pabellon respetaban todas las naciones, llamaban sus hijos á las ondas como á su mas propicio elemento. Toglieta habla en su historia de Génova de la inclinacion de la juventud á errar en busca de fortuna, con el propósito de volver á fijarse en su pais nativo; pero añade, que de veinte aventureros apenas regresaban dos; porque ó morian, ó se casaban en otros paises, ó se quedaban en ellos, por temor á los peligros del mar y á los violentos disturbios que agitaban continuamente la república.

La vida náutica del Mediterráneo se componia en aquellos tiempos de peligrosos viajes y audaces combates y sorpresas. Hasta una expedicion mercantil parecia flota de guerra; y solia suceder con frecuencia que los mercaderes tenian que abrirse paso con las armas para arribar á un puerto. La piratería estaba casi legitimada. Las incesantes luchas entre los estados italianos; los cruceros de los corsarios catalanes; las flotillas armadas por varios nobles, especie de so-

beranos de sus señorios, que mantenian tropas y bajeles á su sueldo; los buques y escuadras de aventureros particulares, empleados frecuentemente por Estados enemigos, y surcando á veces los mares por su cuenta en busca de ilegal presa; y últimamente, la guerra no interrumpida contra las potencias musulmanas, llenaban los estrechos mares, en que la mayor navegacion se hacia de escenas sangrientas, terribles combates y tristísimos reveses.

En esa escuela fue educado Colon, y seria del mayor interés observar las angustiosas vicisitudes por que ha pasado en ese período de su vida. Rodeado, cual debia estarlo, de los trabajos y humillaciones que rodean al infeliz aventurero en la vida náutica, parece que conservó siempre elevados pensamientos, y que alimentaba su imaginacion con proyectos de gloriosas empresas. Las rigurosas y varias lecciones de su juventud, le suministraron aquellos conocimientos prácticos, aquella fecundidad de recursos, aquella indomable resolucion, y aquel poderoso imperio sobre sus propias pasiones, que tanto le distinguieron despues. De esta manera consigue el talento hacer producir frutos de oro al árbol de la triste experiencia y de los desconsoladores desengaños.

Pero todo este instructivo período de su historia son tinieblas. Su hijo Fernando, que mejor que nadie hubiera podido disiparlas, no habla de él tampoco, á no ser para aumentar nuestra perplejidad con algunas escasas é incoherentes vislumbres: quizá una debilidad, tributo pagado á la época de preocupaciones en que vivia, le impidió revelarnos las amarguras ó acaso la miseria por que su padre pasó; y de las cuales supo emanciparse tan gloriosamente. Todavía existen algunas anécdotas vagas é incoherentes, pero interesantes por la idea que dan de sus padecimientos, y de las aventuras que debieron sucederle. Su primer viaje se cree que fuese en cierta expedicion naval cuyo objeto era el recobro de una corona. Juan de Anjou, duque de Calabria, armó un ejército y escuadra en Génova en el año de 1459, para hajar sobre Nápoles, con la esperanza de ganar y volver aquel reino á su padre el rey Reinier ó Renato, por otro nombre René, conde de Provenza. La república de Génova apoyó tan abiertamente al duque de Anjou que le suministró abundantemente buques y dinero para su empresa. Tambien iban muchos aventureros particulares que armaron navíos ó galeras, y se pusieron bajo el pabellon de Anjou. Entre estos se dice que iba un valeroso marino llamado Colombo. Vivian por aquellos tiempos dos capitanes de mar de este nombre, un tio y un sobrino de bastante celebridad, que Fernando Colon llama sus parientes. Los historiadores los nombran en distintas ocasiones como gefes marinos de Francia; porque estaba Génova entonces bajo la proteccion, ó mas bien bajo la soberanía de aquel gobierno, y sus bajeles y capitanes identificados con los franceses, por tomar parte en sus expediciones. De aquí resulta que los nombres de estos dos navegantes oscurecen en muchos puntos la biografía de Colon, habiendo causado mucha perplejidad á algunos de sus historiadores.

Navegó con estos comandantes muchas veces y por largo tiempo; y se dice que estuvo con el tio en la expedicion de Nápoles. No hay autoridad para afirmar este hecho entre los autores contemporáneos, ninguno de los cuales entra en particularidades acerca de esta parte de su biografía, pero escritores posteriores dignos del mayor crédito lo han asegurado posteriormente, y por otra parte, las circunstancias externas concurren á dar peso á su asercion. Está demostrado que el rey de Nápoles le confió cierto mando en la arriesgada accion de apresar una galera en el puerto de Tunez. El mismo hace por acaso mérito de esta circunstancia en una de sus cartas á los reyes, escrita muchos años despues. «Me sucedió, dice, que el rey

» Reinier (que ya le llevó Dios) me envió á Tunez para » tomar la galeota Fernandina, y habiendo llegado » cerca de la isla de S. Pedro en Cerdeña, me dije- » ron que habia dos navíos y una carraca con la refe- » rida galeaza; por la cual se turbó mi gente, y de- » terminó no pasar adelante, sino de volverse atras, á » Marsella por otro navío y mas gente: yo, que con » ningun arte podia forzar su voluntad, convine en lo » que querian; y mudando la punta de la brújula, hice » desplegar las velas, siendo por la tarde; y el dia si- » guiente al salir el sol nos hallamos dentro del cabo » de Cartagena, estando todos en concepto firme de » que íbamos á Marsella.»

Estos son los únicos recuerdos que se conservan relativos á tan osada hazaña, por la que ya se echa de ver aquel espíritu determinado y tenaz, que le aseguró el buen éxito de sus empresas futuras. El medio de que se valió para aquietar el descontento equipaje, engañándole acerca de la direccion del buque, es análogo á la estratagema de alterar el diario, que puso en práctica en su primer viaje de descubrimientos.

La lucha de Juan de Anjou, duque de Calabria, para apoderarse de la corona de Nápoles, duró sobre cuatro años, y no tuvo al fin resultado. La parte naval de la expedicion en que Colon se hallaba, se distinguió por su intrepidez; y cuando el duque tuvo precision de refugiarse en la isla de Ischia, unas cuantas galeras recorrieron y sujetaron la bahía de Nápoles.

Despues de estos sucesos hay un gran vacío en la historia de Colon: trascurren muchos años sin que sepamos apenas nada de él. Se supone empero, que los pasaría en el Mediterráneo y por el Levante, navegando á veces en expediciones comerciales, otras en las beligeras que las disensiones de los estados italianos ocasionaban, y otras, en fin, empeñado en piadosas y predatorias guerras contra los infieles. Incidentalmente y con referencia á él mismo se hace mención de su estancia en la isla de Scio, donde aprendió el modo de hacer la almástiga.

Ciertos autores posteriores creen haber hallado pruebas de que ejerció un mando importante en la marina de su patria, Chaupeie, en su continuacion de Baile, cita el rumor de que Colon era en 1474 capitán de varios buques genoveses, al servicio de Luis XI de Francia, y que atacó y tomó dos galeras españolas, por via de represalias de la irrupcion de los españoles en el Rosellon: asunto sobre que el rey Fernando dirigió una carta de protestaciones y vivas quejas al monarca francés. Bossi, en su memoria de Columbus menciona tambien otra carta encontrada en los archivos de Milan, y escrita en 1476 por dos ilustres caballeros milaneses que volvan de Jerusalem, en que refieren, que en el año anterior, cuando la flota veneciana estaba sobre Chipre para guardar la isla, una escuadra genovesa, mandada por un tal Colombo, pasó por junto á ellos, gritando: *Viva S. Giorgio*: grito de guerra de los genoveses, y que se les dejó pasar sin molestarlos, por hallarse en paz las dos repúblicas. El Colombo de que se habla en estas ocurrencias, era muy probablemente el antiguo almirante genoves de aquel nombre, quien segun Zurita y otros historiadores, mandaba por aquel tiempo una escuadra, en la cual llevó al rey de Portugal á la costa francesa del Mediterráneo. Pero estando demostrado que Colon sirvió bajo sus banderas, es indudable que muy bien puede haberse hallado entonces con él.

La última noticia dudosa de Colon, durante este oscuro período, nos la da su hijo Fernando señalándole una distinguida parte en cierta accion naval de Colombo el menor, sobrino del que se acaba de nombrar, y que era, segun Fernando afirma, corsario terrible y tan aterrador para los infieles, que las moriscas le nombraban cuando querian amedrantar á los niños.

Este audaz marino, habiendo sabido que venian cuatro galeras de Venecia con un rico cargamento de

vuelta de Flandes, les interceptó con su escuadra en la costa portuguesa, entre Lisboa y el cabo de S. Vicente. Una desesperada batalla siguió á este encuentro. Se abordaron y encadenaron los buques los unos á los otros, y pelearon las tripulaciones mano á mano y del uno al otro barco. La accion duró todo el dia, costando mucha sangre á los de una ó otra parte. El bajel que Colon mandaba, se batia con una enorme galera veneciana, arrojándole granadas de mano y otros proyectiles incendiarios, hasta que consiguió incendiarla. Y como estaban aferrados los dos navíos con cadenas y garfios de hierro, no pudieron separarse ni evitar el progreso de una conflagacion comun, que no tardó en devorarlos. Las tripulaciones se echaron al agua; y asiendo Colon de un remo que casualmente flotaba al lado suyo, y haciendo uso de su práctica y facilidad en el nadar logró ganar la orilla de la cual le separaban dos leguas. Le plugo al Altísimo, añade su hijo Fernando, infundirle aliento, reservándole para mas altas empresas. Despues de recobrar algun tanto de su debilidad, pasó á Lisboa, donde encontró muchos paisanos suyos, que le persuadieron á que fijase allí su residencia.

Tales la relacion que da Fernando de la primer llegada de su padre á Portugal, y la que han adoptado los historiadores modernos. Aunque no es imposible que Colon se hallase en la dicha batalla, debe tenerse en cuenta que ésta ocurrió muchos años despues de esta época de su vida. Algunos historiadores la ponen en el verano de 1485 esto es, cerca de un año despues que Colon salió ya de Portugal. El solo modo de salir de esta duda sin poner en tela de juicio la veracidad del historiador, es suponer que Fernando haya confundido alguna otra accion en que estuviese su padre, con la de las galeras venecianas que encontró recordada, sin fecha, por Sabellico.

Desechando, pues, como apócrifa esta romancesca y heroica llegada de Colon á las playas de Portugal hallaremos en las grandes empresas náuticas en que aquel reino estaba empeñado, ámplios alicientes para una persona de su profesion y carácter. Para esto empero, es menester fijar la atencion en varios hechos producidos por los descubrimientos marítimos de Portugal, que hicieron á Lisboa centro de atraccion para los sábios en geografía y ciencias náuticas de todo el mundo.

CAPITULO III.

PROGRESOS DE LOS DESCUBRIMIENTOS BAJO LA PROTECCION DEL PRINCIPE ENRIQUE DE PORTUGAL.

PUEDA decirse que la era de los descubrimientos modernos, empezó poco antes de los tiempos de Colon, y las costas atlánticas del Africa fueron entonces el teatro de las empresas náuticas. Atribuyen Algunos su origen á un incidente ocurrido, segun dicen, en el siglo décimo cuarto. Dícese que yendo á Francia ocultamente con una señora, de quien estaba enamorado cierto ingles llamado Macham, perdió la tierra de vista arrebatado por la tempestad; y que despues de errar sin guia por alta mar, llegó á una isla desierta y desconocida, cubierta de bellas florestas, á que llamaron despues Madeira. Otros han tratado esta exposicion como fabulosa, diciendo que las islas Canarias son las primeras que han descubierto los modernos navegantes. Este famoso grupo, las islas afortunadas de los antiguos, en donde colocaron el jardín de las Hespérides, y desde donde empezaba Ptolomeo á contar la longitud, hacia mucho tiempo que se habia perdido para el mundo.

Es preciso confesar que hay algunas tradiciones vagas, por las que se presume que habrán recibido las Canarias casuales visitas, á distantes intervalos de la edad media, ora de la barca estraviada de un árabe, ora de la de un aventurero genoves ó normando; pero

todos estos recuerdos están llenos de incertidumbre, y nada útil se puede sacar de ellos. Hasta el siglo décimo cuarto no volvieron á descubrirse, ni á entrar en el dominio de los hombres. Desde entonces solian ir á ellos algunos osados navegantes de varios países. El infundir aliento á los marinos para que se adelantasen en el Atlántico, fue la consecuencia mas fecunda que emanó de su descubrimiento.

Mas de la prevision de un talento superior fue de donde los descubrimientos recibieron un colosal impulso, que no seguramente de la casualidad. Fue este el príncipe Enrique de Portugal, hijo de Juan I, llamado el vengador, y de Felipa de Lancaster, hermana de Enrique IV de Inglaterra. El carácter de este hombre ilustre, cuyas empresas dieron tanto estímulo al genio de Colon, merece particular noticia.

De muy jóven acompañó el príncipe Enrique á su padre al Africa en una expedicion contra los moros, que dió por resultado plantar las victoriosas banderas de Portugal sobre las almenas de Ceuta. Enrique se distinguió repetidas veces en esta campaña. Pero su vocacion no le llamaba á los azares de la guerra, sino á los encantos de las artes: así es que en medio de las luchas se consagraba á estudios por cierto muy dignos de un príncipe.

Mientras estuvo en Ceuta, recibió de los moros muchas noticias relativas á lo interior del Africa y á la costa de Guinea, regiones desconocidas á los europeos. Concibió la idea de que se podian hacer descubrimientos importantes navegando á lo largo de la costa occidental del Africa. Al volver á Portugal se habia convertido esta idea en su principal y continuo pensamiento. Separándose del bullicio de la corte se sumergia en el retiro de una casa de campo de los Algarbes, cerca de Sagres, en las inmediaciones del cabo de S. Vicente, y en plena presencia del Océano. Allí se rodeó de algunos sábios y dió principio á los estudios marítimos. Era excelente matemático, y adquirió con facilidad, maestría en la parte astronómica que aprendió de los árabes españoles.

Al estudiar las obras de los antiguos, habia hallado en ellas las que él creia pruebas abundantes, de que el Africa era circunnavegable, y posible, por lo tanto, llegar á la India costeándola. Le habia causado impresion la narracion del viaje de Eudoxo de Cizico, que se dió á la vela en el mar Rojo, salió al Océano, y continuó hasta Gibraltar. Corroboraba este suceso la expedicion de Hannon el Cartaginés, que habiendo salido de Gibraltar con una flota de sesenta buques, siguió la costa africana, y se decia haber llegado á las de Arabia. No hay duda que diferentes escritores de la antigüedad habian desacreditado estos viajes; y que despues de admitir los geógrafos por mucho tiempo la posibilidad de circunnavegar el Africa, la negó Hiparco y no se creia desde entonces. Era Hiparco de sentir de que estaba cada mar inscripta y como encerrada en una inmensa taza de tierra, y de que fuese el Africa un continente que se dilataba hácia el polo antártico y rodeaba la mar india para juntarse al Asia mas allá del Ganges. Esta opinion habia recibido asenso y perpetuidad de Ptolomeo, cuyas obras eran reputadas como dogmáticas en punto á geografía, por los tiempos de Enrique. Pero todavia se inclinaba el príncipe á la creencia de los antiguos que hacia circunnavegable el Africa, opinion que varios doctos modernos sancionaban. El fijar esta importante cuestion, el practicar en efecto la circunnavegacion del Africa, eran objetos dignos de un príncipe, cuyo ánimo se inflamaba al considerar las inmensas ventajas que conquistaria para Portugal llevando á cabo tan gigantesca empresa.

Los italianos ó lombardos, como solian llamarse entonces, hacia mucho tiempo que habian monopolizado el opulento comercio del Asia. Tenian establecimientos mercantiles en Constantinopla y en el mar Negro, para recibir los ricos productos de las islas de las es-

pecies, situadas cerca del Ecuador, y las sedas, gomas, perfumes, piedras preciosas y otros artículos de comodidad y lujo, egipcios y asiáticos, que distribuian despues por toda la Europa. Las repúblicas veneciana y genovesa se habian elevado á su opulencia por medio de este tráfico. Tenian factorías hasta en los países mas remotos, sin exceptuar las heladas regiones de la Noruega y de la Moscovia. Emulaban sus mercaderes la magnificencia de los príncipes. La Europa entera rendia homenaje á su comercio; aun cuando este se hacia con países lejanos del Oriente, y por los caminos de mas coste y rodeo. Pasaba por varias manos intermediarias, y estaba sujeto á las detenciones y cargas de la navegacion interna, y á las tediosas é inciertas jornadas de las caravanas. Durante mucho tiempo se condujeron las mercancías de la India, por el golfo de Persia, el Eufrates, el Indo y el Oxo, el mar Caspio y el Mediterráneo, para enviarlas desde allí á los varios mercados de Europa. Y aun despues que el soldan de Egipto conquistó los árabes y volvió el comercio á su canal primitivo, todavia era exclusivamente lento y costoso, porque se traian sus preciosos géneros por el mar Rojo y de allí á lomo de camello hasta las orillas del Nilo, de donde se trasportaban á Egipto para entregarlos á los mercaderes italianos. Y mientras absorbian así el tráfico del Oriente, unos monopolistas aventureros subian los precios de todos los artículos, en razon del coste de su conduccion.

El príncipe Enrique concibió la grande idea de circunnavegar el Africa para abrir un camino fácil y directo hasta los manantiales de este comercio, y traerlo repentinamente á un canal sencillo y nuevo, que deramase abundosas corrientes de oro en su patria. Pero los pensamientos de Enrique eran demasiado elevados para su siglo. Tenia que luchar con la ignorancia y preocupaciones del género humano, y que sufrir las dilaciones á que están sujetos los ánimos vivos y penetrantes para asegurarse la tardía cooperacion de la vacilante estupidez. La navegacion del Atlántico estaba aun en su infancia; y aunque algunos se aventurasen á cruzar los mares, los marineros temian adelantarse demasiado en aquel proceloso desierto que ellos creian sin límites. Recelosos de estraviarse en aquella inmensa llanura, jamas osaban desviarse de las costas. Cualquiera levantado cabo, cualquier extendido promontorio, era para ellos un muro que atajaba sus progresos. Rodeaban tímidamente las playas de Berbería, creyendo haber acabado inmortales hazañas, si se alargaban algunos grados mas allá del Estrecho de Gibraltar. El cabo de Non, término de las antiguas empresas, fue por mucho tiempo el limite de su audacia; vacilaban al doblar aquella peñascosa punta azotada por las olas y los vientos que amenazaban lanzarlos sin guia por medio de las ignotas y desamparadas regiones del Océano.

Ademas de estos vagos temores abrigaban otros que eran aceptados hasta por los primeros filósofos de la época. Admitíase entonces como una verdad incontravertible, la antigua teoría de las zonas, y pensaban en consecuencia que ceñia la tierra hácia el Ecuador una banda, por la que llevaba el sol su fúlgida vertical carrera, separando los dos emisferios con regiones de insoportables calores. El crédulo marinero suponía que fuese el cabo Boyador el último linderó posible de las navegaciones humanas; y decia la superstición de aquellos tiempos, que quien quiera que le doblase, no volveria jamas. Y las rápidas corrientes de sus cercanías, y las furiosas resacas que hieren sus áridas costas, acrecentaban el desmayo de los que llegaban á contemplarlas. Temian que se hallase mas allá la zona Tórrida, region abrasada donde hasta las aguas hervian bajo los rayos de un sol abrasador.

Para disipar estos errores, y elevar la navegacion á la altura de sus pensamientos acudió el príncipe Enrique al socorro de las ciencias. Estableció un colegio

naval, y erigió un observatorio en Sagres, adonde atrajo los mas distinguidos profesores de las facultades náuticas, poniendo de presidente á Jaime de Mallorca, hombre docto en la navegacion, y hábil en el dibujo de cartas y en la construccion de instrumentos.

No tardaron en hacerse conocer los magníficos resultados de este instituto. Se reunieron los dispersos conocimientos geográficos y marítimos, formando de todos un sistema bien ordenado. Se mejoró sobre manera la composicion de los mapas. La aguja de marear se generalizó entre los portugueses, y adquirió el marino nueva audacia al ver que le era dado navegar en el mas nebuloso día, y en medio de la noche mas oscura. Animada la marina portuguesa por estas ventajas, y animada de la poderosa proteccion del príncipe Enrique, no tardaron en darle nombre la grandiosidad de sus empresas, y la extension de sus descubrimientos. Se dobló el cabo Boyador y se penetraron las regiones de los trópicos, arrancándoles sus imaginarios terrores. Se exploraron las costas africanas desde cabo Blanco hasta cabo Verde, y este, y las islas Azores que distan trescientas leguas del continente, salieron rescatadas del poderoso olvido del Océano.

Para asegurar la pacífica prosecucion y goce de estos descubrimientos, obtuvo Enrique la proteccion entonces indispensable de una bula pontificia, por la que se concedió al rey de Luriania la soberanía de todas las tierras que descubriese en el Atlántico inclusa la India, y una indulgencia plenaria para todos los que falleciesen en las navegaciones necesarias, conminando al mismo tiempo con los anatemas de la Iglesia á los que pusiesen obstáculos á tan santa empresa.

Enrique murió el 13 de noviembre de 1473, sin lograr el grande objeto de su ambicion. Muchos años se pasaron antes que Vasco de Gama, siguiendo con una flota portuguesa el rumbo que él habia indicado, realizase sus predicciones doblando el cabo de Buena Esperanza, navegando á lo largo de las costas indias del Sur, y abriendo ancho camino al comercio de las opulentas regiones del Oriente. Pero no murió Enrique sin haber recogido algunos de los preciosos frutos que su espíritu bueno y grandioso habia sembrado. Si no consiguió su objeto, tuvo al menos la fortuna de ver á su nacion en el camino de la gloria. Los descubrimientos de los portugueses eran la admiracion y sorpresa del siglo xv; y el Portugal, una de las menores naciones, se situó rápidamente entre las principales. No efectuaron este cambio las armas, sino las artes; no las estratagemas diplomáticas, sino la sabiduria de un colegio. Fue la grande obra de un príncipe, á quien han pintado justamente como «lleno de actos sublimes y empresas generosas;» y que tuvo por divisa este magnánimo mote: «talento para hacer bien;» el solo digno de la ambicion de los príncipes.

Enrique encomendó á su patria al morir, que prosiguiese los descubrimientos del camino de la India. El comprometió los intereses mercantiles en favor de tan noble causa. Frecuentemente se entregaba Lisboa al tumulto animador de dar al mar nuevas escuadras, ó de escuchar las noticias de las que volvian despues de haber explorado desconocidos rumbos, y visitado extrañas naciones. Todo se lo prometian, y resonaban por todas partes ardientes esperanzas. Las hordas miserables de la costa africana les parecian poderosos pueblos; y las noticias de los opulentísimos países que mas lejos se encontraban, infundian nueva curiosidad y audacia á los viajeros. La ciencia geográfica estaba en su cuna: la imaginacion marchaba á la par de los descubrimientos; y aquella rodeaba de prodigios todo lo desconocido en proporcion de los progresos que se iban haciendo diariamente. La fama de los descubrimientos portugueses y de sus continuas expediciones, atrajo la atencion del mundo. Los extranjeros de todos los países, los letrados, los aventureros

y los curiosos acudian á Lisboa para enterarse de las particularidades, y gozar de las ventajas de tan pingües empresas. Entre estos se hallaba Cristóbal Colon, arrojado, segun unos, á las playas, por una espantosa borrasca, ó atraído, segun otros, por noble curiosidad y en pos de una fortuna honrosa.

CAPITULO IV.

RESIDENCIA DE COLON EN LISBOA. — IDEAS RESPECTO A LAS ISLAS DEL OCEANO.

LLEGÓ Colon á Lisboa por los años de 1470. Estaba entonces en el pleno vigor de su vida, y poseia una presencia halagüeña. Su hijo Fernando, Las-Casas y otros contemporáneos han dado minuciosas descripciones de su persona. Segun estas era alto, bien formado, muscular y de un continente magestuoso y noble. Tenia el rostro largo, y ni lleno ni enjuto; era blanco, pecoso y algo colorado; la nariz aguileña; altos los huesos de las mejillas; los ojos grises claros y fácilmente animados; el conjunto del semblante lleno de autoridad. Los cabellos rubios en su juventud; pero los cuidados y desazones, segun Las-Casas, se los habian vuelto canos prematuramente, tanto que á los treinta años ya estaban del todo blancos. Vestia y comia con suma sencillez; era elocuente sin afectacion, afable con todos, y tan cariñoso y suave en la vida doméstica, que le idolatraban los que vivian á sus órdenes. La magnanimidad de su ánimo subyugó su genio irritable, y le hizo adquirir un comportamiento urbano y una plácida gravedad, que no le permitian el uso de la menor intemperancia en sus palabras. Se distinguió toda su vida por su devocion religiosa, tan distante del fanatismo como de la hipocresia.

Acostumbraba en Lisboa asistir á los oficios divinos en la capilla del convento de Todos los Santos, donde residian á la sazón ciertas Sras. principales. Hizo conocimiento con una de ellas, llamada D.^a Felipa Moñis de Palestrello, hija de Bartolomé, caballero italiano, altamente distinguido entre los navegantes del tiempo del príncipe Enrique, y que habia colonizado la isla de Puerto-Santo, y sido gobernador de ella. Aquella relacion, convertida en un amor vehemente, dió por resultado un matrimonio que manifiesta el desinterés de Colon, porque aquella jóven no llevó dote alguno.

Por esta union se fijó Colon en Lisboa. Como el padre de su mujer habia muerto, fueron los recién desposados á vivir con la madre; quien conociendo la pasion de Colon por todo lo concerniente á estudios marítimos, le comunicó cuanto sabia de los viajes y expediciones de su esposo, entregándole los papeles, cartas, diarios y apuntes que de él le habian quedado. Eran estos otros tantos tesoros para Colon. Por ellos conoció las navegaciones de los portugueses, sus planes y sus ideas; y habiéndose naturalizado en Portugal á causa de su casamiento y residencia, iba á veces á las expediciones de la costa de Guinea. Los dias que pasaba en tierra los empleaba en dibujar cartas geográficas que vendia en seguida para sustentar á su pobre familia. Su situacion era muy apurada; no obstante se asegura que, merced á una grande economía, reservaba una parte de sus ganancias para socorrer á su anciano padre que se hallaba en Génova, y para costear la educacion de sus hermanos menores.

La construccion de una carta ó mapa correcto exigia en aquellos tiempos suficiente instruccion y experiencia para distinguir al que las poseia. La ciencia geográfica estaba todavia en su infancia. Ptolomeo gozaba aun de indisputable autoridad. Manifiestan los mapas de la décima quinta centuria una extraña mezcla de verdad y de error, en que se confunden las fabulas populares y las conjeturas mas extravagantes, con los hechos consignados por la antigüedad, y con otros que los descubrimientos recientes habian revelado. En una época, pues, en que empezaba á desur-